

acordando la acusación de Marat, confesándole su enemiga contra él y enviando la acusación á todos los departamentos. El llamamiento de los departamentos contra la Gironda propuesto el 15 por la Comuna indignó á la Convención en favor de los girondinos. Estos pudieron aun hasta el 20 hacer que se votara ó retirase la acusación, confesando, por ejemplo, que las manifestaciones de Vergniaud no eran las de la generalidad y eran solamente la opinión del orador; que la Convención aniquilada no podía sostenerse más que sometién dose al juicio de las asambleas primarias, declarando que quería ser purificada por el pueblo y tomar de nuevo en el gran crisol las fuerzas de la vida. Esta tesis era muy sostenible, pero en aquella situación muy peligrosa.

Los girondinos dudaron, diciendo como Fonfrede: «¿No es esto la guerra civil?» Los girondinos se asociaron silenciosamente á las palabras de Vergniaud:

«Yo os acuso—dijo éste—y os pido un escrutinio depuratorio. No es por el llamamiento al pueblo, sino por el desarrollo de una gran energía.»

«El incendio está próximo. La convocatoria de las asambleas primarias será la explosión. Esta es una medida desastrosa. Podrá perder á la República, á la patria, á la Convención si se convoca á las asambleas primarias, entregándonos á la venganza de nuestros enemigos. Ciudadanos, no dudéis entre salvar á la patria ó á varios individuos. ¡Arrojados á nosotros en el abismo, pero salvad á la patria!»

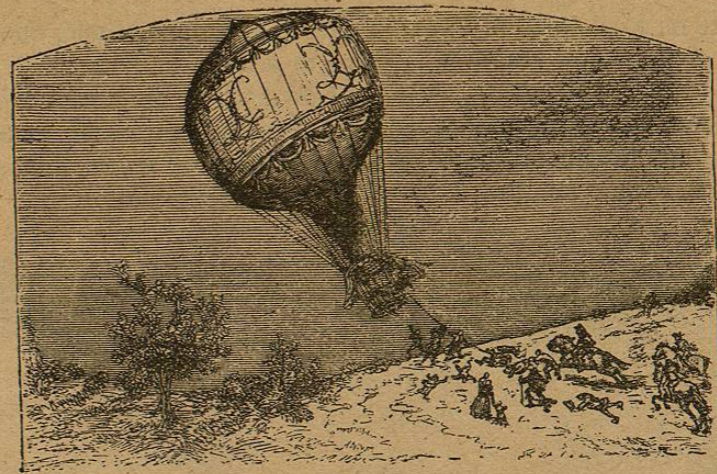
«Si nuestra respuesta no os parece suficiente enviadnos ante el tribunal revolucionario. Si somos culpables y no nos enviáis ante el tribunal vosotros traicionais á la patria; si somos calumniados y no lo declarais así traicionais á la justicia.»

Silencio profundo. La Gironda no dijo una palabra. A cambio de su vida aceptó esta declaración de honor.

La Convención declaró calumniosa la petición jacobina.

Pero al mismo tiempo Vergniaud, por segunda vez abrió el abismo en el que la patria podría precipitarse.

Los girondinos cerraron los ojos y se arrojaron para evitar la guerra civil. Esclavos de la ley, ligados á ella y poco decididos á la acción, es seguro que hubieran muerto á la República. La Convención, penetrada de dolor, los dejó hundirse en el abismo.



CAPITULO II

Tribunal revolucionario.—El maximo.—Requisición (Abril-Mayo 93)

Las victorias de la Vendée entregan la Francia á los Jacobinos.—El tribunal revolucionario dominado por Robespierre.—Fanatismo patriótico de este tribunal.—Absuelve á Miranda y á Marat.—El triunfo de Marat (24 Abril).—Robespierre presenta una teoría restrictiva del derecho de propiedad (24 Abril).—El encarecimiento de los géneros obliga á la Convención á fijar el máximo (Abril-Mayo).—Cambon presenta una proposición del departamento del Herault, tendiendo á dar eficacia á la requisición (27 Abril 93).—Se adopta este proyecto, pero en un sentido contrario por la Comuna de París.—En nombre del arrabal de San Antonio se formula una petición amenazadora.—El arrabal la desautoriza y se entrega á la Convención (1.º Mayo 93).

La Vendée podía reirse á carcajada batiente de los peligros que corría la patria. ¿Qué le importaban á ella si ella era la autora?

Sus continuos triunfos fueron como la sentencia de muerte de los moderados. A estos se les atribuye las victorias de los vendeanos, y creyendo castigar con su muerte la Vendée se sublevó á sesenta departamentos. Nada debían sorprender, sin embargo, los triunfos de la Vendée sobre el cansancio y la fatiga de nuestros soldados. La Revolución se creyó invencible como no fuera víctima de una traición. Esto la obligó á pensar continuamente en los traidores, concibiendo sospechas de todo el mundo, hasta de ella misma.

La Vendée no es un juego, una vana insurrección. Toma cuerpo, se convierte en ejército disciplinado. No tiene en su seno ni un solo soldado republicano. La Vendée se cierra para todo el mundo, al contrario precisamente del resto de la Francia, que parece abrir las puertas al enemigo. Los austriacos, los ingleses marchan sobre Dampierre.

Este en el campo de Famars, frente á Valenciennes, encuéntrase con veinticuatro mil hombres... Esta era la obra de Francia.

La Francia se contrae, se impone la terrible dictadura del arbitrio local; cincuenta mil pequeños comités revolucionarios de secciones se apoderan del derecho absoluto de *inquisición* y de *requisición*, derecho de requerir á todo hombre, á toda costa, incluso el dinero.



Batalla de Neerwinde.

La inmensa mayoría quería la Revolución, pero no de muy buena gana.

Para desealarla verdaderamente y perserverar era necesario organizar en plena anarquía un gobierno de minoría exaltada.

Este es el fondo del '93.

Se trata de una violenta combinación de fanatismo é interés. Esta combinación se apoderará de todo el mundo.

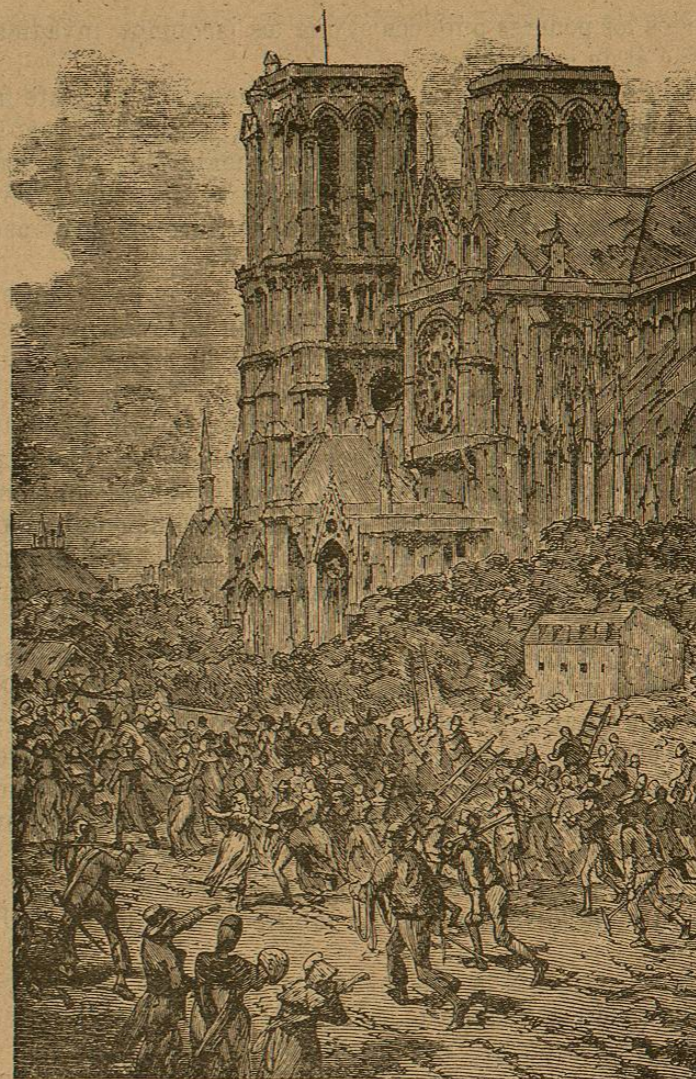
La sociedad de los Jacobinos en masa ingresó en la administración.

En el mes de Abril contaba la administración con más de 10.000 empleados jacobinos.

Comenzaron las colocaciones en el ministerio de la Guerra. Pache

fué nombrado por la Gironda, pero él colocó todo el personal jacobino.

Algunos recién llegados á la administración, Monge, por ejemplo, Meunier, de la Academia de Ciencias, eran dignos de desempeñar altos



Este pobre pueblo cuando ocurrió la victoria de Wattignies estalló de alegría. (Pág. 678)

puestos por su energía y por sus apreciables condiciones. Estos eran como raros ejemplares. Los demás no contaban para las funciones burocráticas más que con su patriotismo: eran extraños á las funciones administrativas. Apenas sabían escribir.

La fuerza de la ascensión jacobina llevole gradualmente á ocu-

par todos los cargos, dominando al girondismo. Estos continuaban en la Convención siendo presidentes, miembros de honor de ella, secretarios de todos los comités, pero no tenían más que agentes de baja categoría fuera de la Convención. Estaban aislados. Eran como una cabeza sin cuerpo.

De todos los poderes públicos el que los jacobinos invadieron rápidamente fué el de la justicia.

Las peligrosas funciones del tribunal revolucionario, ante las cuales temblaban todos, los jacobinos las solicitaron, y como jueces, como jurados llenaron todo el tribunal. El nombramiento debía de hacerse en la Convención; y en todo caso la Gironda tenía que decidir. Se abstuvo sin embargo por completo y por lo mismo se entregó anticipadamente al enemigo.

Este tribunal parecía el retrato de Robespierre bajo veinte formas. El presidente era él en su dulce amigo Herman de Arras, á quien confió las cárceles, el terror. El vicepresidente era él en su amigo Dumas, que él convirtió en columna madre del Jacobinismo. Payan, Coffinhal, de la Comuna primero, después de Robespierre merecíanle á éste toda confianza. Su admirador fanático el pintor Topino-Lebrun, idólatra de Robespierre hasta aprobar la muerte de Danton, tomaba también asiento en el tribunal. Era por decirlo así el tribunal revolucionario como el domicilio de Robespierre; allí estaban sus servidores, sus familiares. Su escolta se componía de Duplay, su huésped, y de Nicolas, su impresor, jurados revolucionarios también.

He aquí que Robespierre, teniendo apenas fuerza física, posee poderosa fuerza de espíritu. El sitio más peligroso para la República era el tribunal revolucionario, y Robespierre y los suyos entraron con los ojos cerrados. Robespierre aceptó desde el primer instante las tremendas responsabilidades por los hechos de un tribunal como este, creado anormalmente. Es decir, Robespierre y sus secuaces se entregaron antes que nadie á la guillotina, pero con valor, serenidad, sin temor á la muerte. Quien por la mañana marchaba al palacio de Justicia abrazaba á su familia no seguro de volverla á ver. La sangre de Lepelletier, de Basville, humeaba aun.

Esto fué justamente lo que condujo al tribunal á entusiastas republicanos. Pidieron con ardor este pontificado de Tauride. Hemos de nombrar en primer término al tribuno de Arlés, Antonelle, viejo militar, noble y rico, que vivía retirado y feliz desde el 89, entregado á la filosofía, á los apacibles estudios de Grecia, cuando las revoluciones del Mediodía llamaron á la guerra otra vez á toda la Francia.

El famoso Fouquier-Tionville, pariente lejano de Camilo Desmoullins, desempeñó las funciones de acusador público.

El 20 de Agosto escribió á Camilo: «Soy muy pobre, estoy cargado de niños y me muero de hambre.»

Camilo, ó así aparece al menos, influyó para que Robespierre ad-

mitiese á Fouquier hacia quien Robespierre no podía sentir simpatía porque era una mezcla de débil y violento. Fouquier entró ciegamente en su cargo de homicida y se convirtió en el hombre más execrable y execrado.

El comité insurreccional del Obispado que diezmó la Convención tomó asiento en el tribunal por uno de sus miembros, Dobsent.

La mayor parte de estos nombres pertenecen á la burguesía; son de hombres industrioses é inteligentes; quizás más artistas que artesanos. Hay tres médicos, un gascón, entre otros, cirujano dentista, el áspero y astuto Louherbielle, que ha vivido hasta nuestros días y no ha podido contribuir á que se desfigurasen los hechos. Hay tres ó cuatro pintores y otros artistas (*cómicos*). También había algunos ebanistas y carpinteros, industrias predilectas de Robespierre, sin duda recordando el *Emilio*.

El primer condenado á muerte fué un emigrado que regresó. Sentenciado por la mañana, en la noche del mismo día se cumplió la ejecución. El hecho no asombró á nadie. Lo que comenzó á sorprender fué las ejecuciones de gente del pueblo por simples juegos de realistas, escaramuzas monárquicas, digámoslo así. Fué condenado un individuo en estado de embriaguez y una cocinera que en un café había hablado contra la Revolución y la República. La ejecución de la mujer entrañaba un grave peligro, como es fácil comprender.

Se veía que uno de los propósitos del tribunal era acallar París, oponiendo á las divisiones de Francia la aparente unanimidad de la capital. Los jurados votaban en alta voz y muchas veces hacían la apología de su voto manifestando que habían aceptado aquel terrible puesto por la salud de la patria.

Lo que hace creer en su acendrado patriotismo real, profundo, es que si absolvieron á Marat á quien amaban, absolvieron también á Miranda, quien ni tenía influencia, ni relaciones, ni más defensores que los girondinos, en el momento en que estos estaban perdidos. Acogieron, absolvieron y honraron á Miranda, el amigo de Petion y Brissot, indemnizando al infortunado patriota, víctima de las calumnias é infamias de Dumouriez.

Marat no quiso dejarse arrestar porque según él sus enemigos podían desembarazarse dándole veneno, y echando á tierra una columna sobre la que descansaba el pueblo. La cuestión duró hasta doce días. El mismo después pidió ser juzgado, pasando por pura fórmula una noche en la cárcel. Muchos miembros de la Comuna se encerraron con él para velar por su seguridad.

El día 24 de Abril, día en que había de celebrarse el juicio, toda la gente de los arrabales se puso en movimiento, conmovida, presa de temor por el pobre *amigo del pueblo*, cruelmente perseguido por los intrigantes, *los hombres de Estado*. «Se desea su vida. Se quiere que muera y nosotros no lo consentiremos.»

Marat se bañaba en agua de rosas. En su rostro se dibujó la delirante vanidad del que se ve ensalzado por el pueblo. Se iluminó su amarillento semblante: «Vosotros queréis —dijo modestamente al tribunal— el martirio del apóstol de la libertad.» Aprovechó la acusación para relatar una historia de su vida, sus hechos, sus méritos, sus triunfos, los servicios prestados al linaje humano desde la época en que practicando la medicina en Londres había escrito *La cadena de la esclavitud*. Nada faltó á la comedia. El jurado se retiró, deliberó, reapareció y lo absolvió.

Por poco Marat es magullado. La muchedumbre delirante se arrojó sobre él. Los soldados protegieron su cuerpo. Sobre su cabeza arrojan cientos de coronas. Marat era bajito y difícilmente se le veía. Algunos se abalanzaron sobre él y lo levantaron en alto, lo sentaron en un sillón y lo enseñaron al pueblo desde lo alto de la escalera. Era aquello un espectáculo extraño. Sus costumbres eran menos las de un hombre de letras que las de un charlatán de plazuela. Vestía una levita verde con esclavina de armiño amarillento, afortunada combinación de colores que sentaba á maravilla sobre su piel bronceada. Desde lejos más parecía un lagarto que Marat.

«¡Se ha salvado! ¡Viva Marat!» gritaba la muchedumbre desgañándose. Era aquello la fiesta de Abril. Después de aquel crudo invierno las gentes creían salvada su situación con el triunfo del empírico Marat. Cuando pasó por Pont-Neuf, por la calle de Saint-Honoré y la de la Moneda cayó sobre él una lluvia de flores, de coronas y de cintas de colores.

Las mujeres de los Mercados, sobre todo, presas de la mayor emoción, adornaban el sillón de Marat con guirnaldas. Marat apenas si se descubría debajo de esta lluvia de flores primaverales. El mugre de su ropa relucía debajo de las guirnaldas. Detenido en su carrera á cada momento por los diputados, jefes de sección, etc. quienes lo saludaban con afecto, Marat respondía con un automático movimiento de cabeza y una sonrisa que le daba aspecto de loco. Abría los brazos continuamente como si quisiera abrazar al pueblo. Este pueblo (aunque no fuera muy digno el objeto de su gratitud) era encantador por su buena fe, su ingenuidad, su amor á quienes le proporcionaban un triunfo. Sin duda alguna esta bondad no pasó inadvertida á Marat, cuya alma era mas furiosa que perversa.

Quizás entonces se le ocurrió la frase que después repitió frecuentemente: «Me he convertido en el anatema de este buen pueblo francés.»

Todo el mundo desde la mañana lo había previsto, conocía su triunfo. Los jefes de la Montaña, disgustados, esperaban á Marat y á la muchedumbre. Robespierre estaba pálido.

Por la mañana, apenas abierta la sesión, lanzó á los vientos de la publicidad una teoría que elevó su popularidad lo menos al mismo nivel que la de Marat. Contra la definición que Condorcet había hecho de la

propiedad (*un derecho que consiste en que el hombre disponga á su antojo de lo que le pertenece*), Robespierre presentó la siguiente: El derecho del ciudadano á disponer de los bienes que le garantiza la ley.

En la sesión del 21 se ha visto ya la oposición del montañés Cambon y del girondino Lasource acerca de esta cuestión. Lasource, imbuído del derecho romano y de las antiguas supersticiones jurídicas del Mediodía, hacía de la propiedad un derecho anterior, superior á la ley, á la sociedad, de suerte que la sociedad perecería, pero no podría tocar la propiedad sacrosanta. ¡Extraño respeto á las cosas á las cuales se inmolan las personas! Por este respeto á la propiedad perecían los propietarios como los demás en el naufragio común.

La doctrina de Cambon, de la Montaña y de Robespierre no estaba solamente recomendada por la necesidad y los peligros públicos, si no que era la más justa en sí mismo, la más elevada y verdadera, considerándolo á la propiedad como el accesorio del hombre y de la sociedad, no como objeto principal, si no subordinándola á las necesidades de los seres, no teniéndolo como fin, no como instrumento de luchas individuales, si como un medio de salud común.

Esta justísima teoría iba á recibir una triste aplicación, propuesta por Robespierre en los Jacobinos. Se trataba de asalariar á todo un pueblo para que asistiera á los clubs, á las secciones desiertas y crear un ejército revolucionario en París. En la lucha de los dos partidos el que expusiera una iniciativa como esta no tendría necesidad ni de discutir. Le seguiría la muchedumbre miserable.

Robespierre terminó muy pronto temiendo que le interrumpiera la muchedumbre que seguía á Marat. Saint-Just pronunció un largo y tenebroso discurso que nadie escuchó. Después se ocupó de los sucesos del Oeste. Entretanto desde fuera oíase un clamoreo. Un hombre de luenga barba, el mismo que hundió á hachazos las puertas del aposento del rey el 20 de Junio, guardián de Luis XVI en el Temple (pagado después secretamente por la Gironda), entró en la Convención. Habiendo sido denunciado se pasó á la Montaña, yéndose con Legendre á Lion para protegerlo con la fuerza de su hacha y de su terrible barba. Después del 24 de Abril, el zapador Rocher fué guardia de Marat. Con voz tonante pide que la muchedumbre pueda desfilar ante la Convención.

Entra la muchedumbre y sobre sus brazos corona á Marat con flores y laureles. La sala quedó invadida, el pueblo se mezcló con los diputados; Marat estaba en la tribuna. Aplausos estrepitosos resonaban en la sala. No pronunció más que dos palabras de agradecimiento y amor hacia el pueblo. Pero encontrándose cuando ocupó su puesto frente á los girondinos, dijo presa de súbito furor: «Vedlos aquí. Estos también irán en triunfo, pero será á la guillotina.»

Tal era la efervescencia, que todos, aun la misma Montaña, sentían inquietud. Afortunadamente la muchedumbre se apoderó de nuevo de Marat y se lo llevó en triunfo por las calles de París. Muchos, sin em-